

Exclamó Fra Alberto á la vista de una gran multitud que se agolpaba en torno de dos ancianos.

—Es el caballero Butti acompañado de un huesped venido al casamiento de su hija Lucrecia.

Contestó un corredor del mercado.

—¿Se casa la hermosísima doncella?

Preguntó Fra Alberto.

—Se casa.

—¿Con quién?

—Con el nobilísimo Sr. Guido de Montaperto, cuyos abuelos fueron desde sus castillos señoriales, todavía intactos, terror y azote de los campos y de los campesinos de Pistoia.

—¿Qué contento va el huesped!

—Como que Butti ha puesto á su servicio un cocinero y ha pedido á la Señoría permiso, que le ha costado muchos ochavos, para gastar en festines mas de lo que consienten nuestras leyes y sus tasas. Recorred el mercado, y no encontrareis un pavo real que no le esté prometido, ni una lamprea que no le esté apalabrada; se ha llevado desde los jamones hasta los ajos, y se ha propuesto presentar sobre su mesa, en jelatina de varios colores, el campanario de Giotto y la rotanda de Bruneleschi.

—Pues todas esas mieles no bastan á endulzar la amarga hiel de su hija Lucrecia, desesperada de verse prometida en matrimonio á un jóven á quien no ama.

—¿A quien no ama? Dijo el corredor. Que se lo cuenten á su abuela. El disgusto de la niña me parece comedia convenida con el padre, para excitar y enardecer al jóven. La hija de plebeyo comerciante en lanas debe amar por fuerza al heredero único de poderosísima casa feudal. Lucrecia se hace la descomida para que le entre mayor apetito al pretendiente.

—No hay cosa como el desden para avivar corazones.

—Así Montaperto está loco, y si no se casa, se muere. Buen par de comediantes Lucrecia y su padre.

—De todas suertes la boda, dijo Fra Paolo, va á tener renombre tal que las fiestas de San Juan se queden tamañitas, por cuanto el mercader enriquecido querrá deslumbrar al noble de abolengo; y habrá, como si lo viera, confituras en forma de castillos, diluvio de especias orientales, vinos de Atenas en cristalería de Venecia, gorriones á cientos que pagarán su escote en gracias á millares, bandejas de plata y vasos de oro, sesos é higados de pavo sazonados con la bien oliente mejorana, leche de almendras, coros de juglares, canciones y sonetos de trovadores, juegos de magia, danzas y regocijos y rebullicio y rejolgorios tantos, que pongan por una semana como fuera de sí á esta demente Florencia tan dada á fiestas y alegrías.

—Verás en aquel día ir á la iglesia, con ánimo de contar las perlas y diamantes de la desposada, á esas gentes que nunca asisten á oír nuestros sermones, aunque los compongamos y aderecemos hasta con profanos versos.

—¿Qué han de oír vuestros sermones, dijo el Juez, si tan solo sabeis dos ó tres de memoria, constantemente repetidos con tal frescura que el otro día, en la cárcel, predicando cierto dominico á los presos, les endilgó largos párrafos contra el lujo y la glotoneria, los cuales así cuadraban al auditorio, compuesto de pobres gentes, medio desnudas y hambrientas, como á la corte del Preste Juan de las Indias?

En esto, el bueno de Fra Paolo, sin duda para no contradecir las justas severidades del Juez con la clase monástica, se quedó atrás embebecido en contemplar un juego de azar.

—Si el prior juega á los naipes, dijo el Juez, ¿qué harán los frailes? ¿Si los frailes se paran á mirar los dados que harán los campesinos?

—¿Hermano Paolo! hermano Paolo!

Gritó Alberto corrido de las atinadas reflexiones del Juez.

—Vamos, vamos.

Dijo el Juez.

—Callen vuestas mercedes, que al mismo diablo no se le ocurren los malos pensamientos nacidos en las molleras de estos pilluelos y chalanes y vendedores de nuestros mercados. Jugaban á un juego cuyas suertes se compendian en poner varias monedas sobre el suelo y al sol, ganando á todas aquella sobre cuya superficie viene á posarse una mosca. Noté una y otra vez que la moneda de cierto chiquitín de nueve años se llevaba el premio sin atinar en la causa, hasta que ví con asombro el arte y sigilo empleados en untarlas de miel y ponerlas de suerte que no pudiese adivinarse su industria. Naturalmente atraídas por el cebo acudian las moscas á su moneda, y las monedas á su bolsillo.

—¿Qué es aquello?

Preguntó Alberto viendo un tropel que producía grande algazara.

—Se pegan, se maltratan.

Exclamó el Juez.

—Aquel deslenguado blasfema de la Virgen, dijo Alberto, y apedrea su divina imágen.

—Ya sé lo que es, añadió Fra Paolo, uno de esos jugadores ha debido hacer trampas para estafar su dinero á los otros; y los estafados en su indignacion persiguen al tramposo, le acosan, le golpean, le arañan, le escupen, le muerden, como si todos estuvieran tocados de rabia.

—Pero se van á matar.

Gritó Alberto azorado.

—¿Dónde están los berrobieri?

Preguntó el juez.

Y acababa de dirigir esta pregunta, como al acaso, cuando aparecieron dos ó tres agentes de policía que prestaron mano fuerte al Juez y disolvieron á puñetazos la tremebunda pelea. Los dos frailes, por no verse comprometidos en el bullicio, ó alcanzados de algun golpe, se esquivaron y hulleron hácia el convento. Al llegar, dieron, en cuanto se abrió la puerta, con Filippo, que asentado al pié de una ventana del claustro, les aguardaba, vestido ya su trage civil, para recobrar su libertad é irse de nuevo por el mundo.

—¡Cuánto habeis tardado!

—¿Qué haces en ese sitio y con esa vestidura? perillan.

—Aguardaba á Vuestras Mercedes para despedirme y desearles que Dios les tenga en su santa guarda y prospere y mejore, si es posible, sus dias.

—¿Nos dejas?

Le preguntó con profundo cariño Fra Alberto.

—Os dejo, no tengo vocacion de monge.

—Pues ¿dónde podrás encontrarte como en esta casa?

Filippo bajó la cabeza y tendió la mano á los dos frailes en señal de tierra despedida. Y apénas habia hecho ésto, y cogido su pobre alforja, cuando apareció Fra Simon reconviniendo á sus hermanos por la tardanza en volver al convento.

—¿Qué habeis hecho por ahí? Os creia extraviados y perdidos.

—Ya que salíamos, respondió Fra Paolo, hemos querido saber cuanto pasaba por Florencia.

—Justo, y del entierro os habeis ido al mercado.

—Ciertamente.

—¿Y qué habeis averiguado?

—Nada de nuevo.

—¿Cómo nada de nuevo? dijo Alberto interrumpiendo las preguntas de Fra Simon y las respuestas de Fra Paolo, ¿cómo nada de nuevo, cuando sabemos el casamiento de Lucrecia Butti?

—¿Qué habeis dicho?

Preguntó Filippo, desencajado el semblante, la voz trémula, saltándose de las órbitas los ojos, sacudido como por una especie de epilepsia.

—He dicho que se casa en estos dias la jóven y rica heredera Lucrecia Butti.

Filippo perdió la luz de los ojos y tuvo que agarrarse á la ventana para no caerse al dolor vivísimo que aquella palabra le habia abierto en el alma. Pero los frailes, embargados en su propia conversacion, no echaron de ver las emociones que levantaban en el alma del jóven pintor, sujeto de continuo ó conmovirse con viveza ó por cualquier accidente ó por cualquier palabra.

—¿Y con quién se casa?

Preguntó Simon.

—Con el mas poderoso caballero de toda Toscana. Ya está avisada la Señoría, convenida la ceremonia, notificado el cura de S. Juan, designados los parientes que han de ir en comitiva, reunidos los huéspedes, compradas las joyas, apercebidos los festejos, Florencia comovida, todo dispuesto.

Filippo Lippi no podia oír aquellas palabras sin que cada una le llegase al corazon como terrible puñalada. Así és que volvió la espalda al grupo de los frailes, y tambaleándose como si un mareo le poseyera y le causara vértigos insufribles, se dirigió á la celda prioral y llamó con redoblados golpes á la puerta.

—¿Quién vá?

Gritó el prior.

—Soy yo, abrid.

—Te creí en la calle.

—No, como veis, todavia estoy en el convento. Abrid.

El Prior abrió la puerta y Filippo se echó á sus plantas sollozando.

—¿Qué nueva aventura es esta?

—Padre.....

Exclamó el jóven, pero con tal ahogo que no podian distinguirse sus palabras.

—¿Qué hay? Acaba.

—Padre, quiero profesar, cuanto mas pronto, mejor.

—¿De veras?

—Si, quiero profesar.

—Profesarás, hijo mio. ¡Bendito y alabado sea el Señor, que te toca por fin en el corazon, como yo le pedia, impulsándote, oveja descarriada, al redil, hijo pródigo, á la paterna casa! ¡Loado sea el Dios de las misericordias!

CAPITULO XI